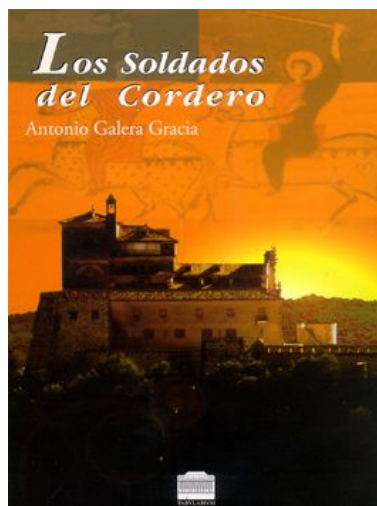


“Los soldados del Cordero”

Comentado por Miguel Valls

Si cree Vd. que sabe algo sobre templarios, olvídelo. Tal como reza la propaganda de este libro, por fin va a descubrir lo que realmente fueron, pensaron e hicieron los Pobres Caballeros de Cristo. ¿Qué creía usted? ¿Que Bapomet era una clave que escondía la palabra *sabiduría*? Pues nada de eso: Bapomet viene de *Bap* (prefijo de *baptismo*) y de *Omota* (fin de la vida, muerte), y la cabeza que representaba a este personaje no era otra cosa que la del mismísimo Diablo, hecha para que los monjes-soldado templarios se fueran haciendo a la idea de su Horrorsa Presencia y no temblasen ante ella cuando la vieran frente a sí en el campo de batalla, paladín de los enemigos de la Auténtica y Única Fe.



Como nadie debe ignorar después del advenimiento de este libro, a los templarios se les prohibía toda caza, excepto la del león, porque tal como aclaran las Escrituras, el rugido del león es la expresión del mismo Diablo, cuya destrucción completa era el verdadero Fin de estos caballeros tan santos, tan continentes, tan cristianos, tan de comunión diaria, tan abnegados defensores de la Verdadera y Única Fe, del rey de turno y del Papa de Roma.

Sepan ustedes que la Alquimia no fue otra cosa que los supersticiosos balbuceos de una ciencia que luego se llamaría Química, o Medicina, una vez desprovista de las fantasías propias de aquellos ingenuos paganos, ignorantes del Verdadero Dios. Y otro tanto la Cábala, pura conjetura para tratar de explicarse por uno mismo misterios sobre los que, afortunadamente, los cánones del Papa de Roma y su curia ya arrojan toda la luz necesaria.

La obra pone en escena probables escenarios y conversaciones que pudieron muy bien mantener los protagonistas de la fundación del Temple, a la manera de la llamada novela histórica, recurso narrativo tan de moda y tan divulgativo.

Así asistimos, por ejemplo, a una amena charla

de taberna toledana entre Hugues de Payns y don Galcerán de Pinós. El primero buscaba el mejor herrero posible para que le construyera sus máquinas de guerra. Don Galcerán afirma conocer a ese hombre, que ejerce en Barcelona, y se ofrece a presentárselo a Hugues. De Toledo a Barcelona, toman un atajo que pasa por Bagá, a 700 metros de altitud en la misma falda de los Pirineos, donde Galcerán posee su castillo. Allí acomodados, don Galcerán de Pinós, Almirante de la Armada de Cataluña, le refiere a Hugues de Payns anécdotas de su propia infancia,

plenas de precoz y fervoroso candor católico, y lo mucho que le gusta la sopa de espárragos silvestres y que, hay que ver, no hay manera de plantarlos por esa zona, de cómo hiela.

El de Payns alaba cristianamente el gusto del de Pinós por los espárragos silvestres, tanto que pinchan y, agotado el tema, expresa que qué bien lo del herrero. Así concluye el capítulo IV, *Bagá, veinte de febrero del año del Señor de MCI, once de la mañana*. Digo yo que lo de la sopa de espárragos debe de ir con segundas, porque no se consigue encontrarle el qué.

También se incluye en la obra, aquí y allá, una rigurosa selección de citas de textos de la época, reglas de la orden, coincidencias literales con las de otras órdenes religiosas, que despejarán cualquier recelo sobre la piadosa y verdadera finalidad del Temple y su apego incondicional al Papa: *organizar un ejército que pueda enfrentarse a la numerosas tropas humanas que protegen a la Bestia*. Por si aún quedase alguna duda suelta, se transcriben unas seculares recomendaciones de discriminación en la admisión de aspirantes a templario por motivos expresamente racistas, religiosos y profesionales. Aunque no se llega a decir, eso no, que templario venga de *templo* y de *ario*.

También figura una prolija enumeración de todas y cada una de las piezas que componían las armaduras, sin explicar muy bien a santo de qué tanto nombre sin más. Debe ir con segundas también, porque

no parece tener mucho que ver el despiece del Cetme con el secreto templario. O igual sí que lo tiene.

Y claro, uno, en su ignorancia, tiende a pensar que un libro así se ha escrito con la mejor intención, desde la sencillez, desde la afición por las revistitas dominicales sobre ovnis, mitos o historia, con el mismo ánimo que muy bien pudo inspirar la versión cinematográfica de Marcelino Panivino o del Cid de Samuel Bronston, puro Hollywood en los páramos madrileños. Solo así se explica uno que le presenten, arrobados en éxtasis de martirio y subidones de Fe (*Dios mío, no me siento las piernas*) a los freires templarios hechos unos fray Escoba, pero eso sí, dispuestos a majar a hachazos a cuantos ignorantes no reconozcan al verdadero Dios, al Único, el que puso al Papa de Roma. O presentar a los cruzados como almas cándidas y puras, ávidas de anegarse en sangre sarracena hasta el corvejón, no para limpiar de piratas las rutas de los mercaderes europeos, no, sino para mejor servir a Dios, al Papa y al rey, por este orden. Como si sólo hubieran sido unos matones en cuyo cráneo no había lugar sino para la Fe.

Pero cuando uno se entera de que el autor, Antonio Galera Gracia, es *licenciado en teología, doctor en historia, especialista en Edad Media*, y afirma ser conocedor de los archivos sobre el Temple de media docena de países europeos, incluyendo los archivos *normal* y *secreto* del Vaticano, pues como que la cosa cambia un poco. Aunque luego, pensándolo bien, no debiera de extrañar tanto, habida cuenta de cómo suelen interpretar la SER o la COPE las mismas noticias de la víspera. Va a ser eso, interpretación personal. O pura ciencia ficción.

El libro constituye, en todo caso, un curioso contrapunto de todos y cada uno de los que tengamos vistos sobre el tema, que los hay a porrillo, dicho sea de paso. Para hacernos una idea, no creo que sea una versión muy diferente de la que podría escribir el propio padre Apeles, es un suponer, si cabe concebir tanta dicha.

Un hermano mío muy querido opina que el libro es así adrede, hecho con afán desinformador, porque a la Iglesia se le está yendo el tema de las manos. Yo no creo que sea para tanto, bastantes problemas tienen ya, ni que el autor sea agente del Vaticano, pero si hubiera un plan así, los instrumentos seguro que tendrían las características del libro en cuestión.

En resumidas cuentas, a pesar de la propaganda, *Los soldados del Cordero* tampoco nos descubre la madre del cordero templario. Nos quedamos sin saber cómo era el Cristo en el que creían, ni el San Juan, ni por qué escupían a la cruz, ni si se besaban ritualmente en la rabadilla, si encontraron tesoros, o el Grial, la

mesa de Salomón o la vara de Aarón, si descubrieron o levantaron encomiendas en América, si estaban por la labor de unificar las religiones o por la recuperación del trono por la estirpe merovingia, o por qué partieron peras con el Priorato de Sión, si no es otra superstición más. Por supuesto, de sus *hallazgos* de vírgenes negras, empleo de geometrías sagradas o edificaciones en puntos geográficos equidistantes, contactos con sabios judíos, Roslyn y demás, de eso ya ni hablamos.

Hay un pintoresco pasaje que describe el encuentro con una comunidad sufi, idénticos a las figuritas del belén navideño, majísimos, hospitalarios a más no poder, ocupadísimos mezclando yerbas de las que obtener remedios curativos, y muy santos a su manera aunque, claro está, pobrecitos míos, ignoran que esa bondad interior de todo hombre es un don exclusivo que solo concede el Dios del papa de Roma. Me cachis, tan bien encaminados que iban.

Otro fundador del Temple cuenta cómo un sencillo marinero que conoció afirmaba haber llegado a tierras muy, muy lejanas, hacia Occidente, y que los oriundos llamaban Cuba o algo así, con ríos de arenas auríferas riquísimas. El sencillo marinero, tatarabuelo y precursor del mismísimo Chanquete, les deja copiar gratis el mapa del trayecto a esas nuevas tierras tan ricas, no faltaba más, de puro majo que es. Por supuesto, el episodio desvela, por fin y sin lugar a dudas, el misterio de cómo los Caballeros pudieron saber de la existencia del Nuevo Mundo.

Respecto a los templarios, todo es tal y como parece, señoras y señores, como en esos grabados de Gustavo Doré que muestran a Ricardo Corazón de León (*león* en este caso ya no significaría *demonio*), cepillándose, con la ayuda de Dios y su espadón de acero toledano, forjado a base de padrenuestros, a centenares de moros malvados, encarnaciones de Belcebú redivivo. No le demos más vueltas, que solo conseguiremos liarnos con supercherías: es justamente en el *Apocalipsis* de San Juan, *el discípulo amado*, donde según el Sr. Galera está cifrada la gesta templaria. Y si no, en la parroquia mismo le ponen a uno al día.

Tengo que agradecer el regalo de otro título del mismo tenaz autor que recibí junto con mi pedido: *El evangelio de la hermana de Jesús*. Solo lo he hojeado un poco, lo suficiente como para enterarme de que Juan Bautista fue decapitado por afear a Herodes el haberse casado con su cuñada, oh blasfemo, y que las escenas de Jesús predicando eran tal como las pintan en los recordatorios de primera comunión, con sus pajaritos de colores y todo y, de fondo, María Ostiz cantando el Cumbayá.